

Es principio: este nombre glorioso le pertenece con propiedad en el mundo criado, porque, remontando á la corriente de toda vida, replegándose sobre la línea de todo movimiento, penetrando en la raíz de todo ser, sin El, la razón no puede explicarse, ni el ser, ni el movimiento, ni la vida.

Pero, en el orden infinito, en el seno mismo de la divinidad, en la vida interior de Dios, es en donde con más propiedad, con más exactitud, es principio, porque allí es en donde despliega toda la energía de su naturaleza.

“Las criaturas, dice el P. Monsabré, nos revelan que existen; y á la débil y vacilante luz de su perfección, nos hacen entrever su perfección sin medida y sin sombra, pero cada una de las personas divinas, nos la revela toda entera, de una manera tan perfecta, que no podríamos ver, ni al Verbo ni al Espíritu Santo, sin ver al Padre en todo su esplendor.”

Por eso, Jesucristo, al derramar en el mundo sus enseñanzas divinas, decía: “el que me ve, ve á mi Padre;” palabra profunda que no puede ser definitivamente comentada, más que por la visión bienaventurada del cielo, en la que el Verbo mos-

trándose en nosotros, nos mostrará su principio, que es el Padre.

Es Padre del Verbo, y es Padre de las criaturas.

Por la boca adorable de su Hijo, nos invita á alejar de nosotros ese terror religioso que ahoga en otro tiempo, en las entrañas de la humanidad, los gritos de la ternura filial.

Cristo enseñó á orar al hombre, componiendo una fórmula divina que comienza con estas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos.*

Ese nombre podemos pronunciarlo, después de que fué pronunciado por Cristo.

Cristo es el verdadero Hijo del Padre.

Dios nos cría, Dios nos da nuestra naturaleza, pero esta naturaleza no es la suya.

Cristo es el Hijo verdadero, porque su naturaleza es idéntica á la del Padre.

Dios Padre engendra al Hijo: á nosotros no nos engendra, nos adopta.

Para ser padre verdadero se necesita que el que engendra sea un ser viviente y que comunique, desde luego, su propia vida por vía de semejanza.

Dios Padre es el gran viviente, y comunica, desde luego, su vida á su Verbo, en todo semejante á él, por la virtud misma de su generación.



San Gregorio Nacianzeno expone en brevísimas frases la grandeza de esta paternidad.

“En el seno de los vivientes, como se expresa el Padre Monsabré, hasta en la copa embalsamada de las flores, el acto generador debe encontrar un gérmen que fecunde.”

Dios, que es todo espíritu, él mismo es el germen que su paternidad vivifica. Por eso San Gregorio dice, y son las primeras palabras que caracterizan la grandeza de esa paternidad, que Dios es Padre de un modo propio y singular, *proprio et singulari modo Pater est, non sicut corpora*.

Dios es Padre *solo*, es decir, no necesita de ninguna ayuda, que se le asemeje, para recibir y transmitir secretamente al hijo de su inteligencia, las olas de vida que deben producir otro ser igual á él mismo. Tal es la otra frase de S. Gregorio: *solus, non enim ex conjunctione*.

Dios es Padre de *uno solo*, *pater solius*.

Toda su fuerza generadora pasa á su fruto y la semejanza que produce es tan exacta, tan expresiva, tan perfecta, que no se puede concebir que pueda tener otro origen.

Es, por tanto, padre de un solo hijo, *solius nempe unigeniti*, dice San Gregorio.

Es padre, *solamente* padre.

En el orden de las cosas creadas, antes de ser padre alguno, es hijo.

Dios Padre no entra, como los demás vivientes, en un movimiento de generaciones que se suceden: él es la fuente sin principio de la familia divina: *non enim*, agrega San Gregorio, *ipse priusquam Pater est, filius fuit*.

En fin, es Padre *totalmente* y de *todo* su hijo.

En las generaciones humanas Dios completa la generación del hombre, por la infusión de una alma viviente,

Al Padre del Verbo, nadie puede completarle su generación; *in totum et totius, Pater*, concluye San Gregorio, *quod de nobis certe affirmare non potest*.

Si el Padre es padre en toda la verdad y exactitud de la palabra, porque en el orden divino la paternidad no es, como en el orden humano, una simple relación, sino una subsistencia; el Hijo, es también, realmente hijo como Dios: se complació en revelarlo al mundo cuando dijo: Tú eres mi Hijo, señalando á Cristo; *Filius meus, es Tu*.

El hijo se reconoce por la imagen que en sí lleva de aquellos que le dieron el ser.



Tal es, en el orden humano, el deseo, el orgullo de un padre: ver en su hijo su imagen.

Es la dulce satisfacción de la paternidad ver que el hijo piensa como su padre, que ame como su padre, que florescan en su alma, formadas por sus lecciones, la fe y las virtudes de su padre.

Sin embargo, ninguno de los padres en el orden humano ve fielmente reproducida su imagen en sus hijos.

Las deficiencias del acto que los produce, hace que en los hijos degeneren esa imagen ó bien que se aleje de su semejanza por virtud del principio de vida que les es propicio.

Estas deficiencias no existen en el acto que engendra al Verbo; ese acto reproduce de una manera acabada la semejanza del principio.

En la generación eterna, la esencia y la perfección y todo el bien del que engendra se puede ver en la persona engendada, como en un espejo sin mancha, espejo viviente y sustancial, dice el Padre Monsabré, y al mismo tiempo imagen animada de aquel á quien ella representa.

Este Verbo es con razón llamado en la Escritura divina, *Speculum sine macula et imago bonitatis: Splendor gloriae et figura substantiae ejus.*

Ese hijo engendrado por el Padre, como que procede de una inteligencia incorruptible, lleva el nombre del hijo de nuestra inteligencia, se llama verbo.

El verbo, como ya se ha dicho en otros artículos, es la palabra que pronuncia interiormente nuestra alma en lo más secreto de nuestro ser, es nuestro pensamiento más íntimo, el concepto inmediato de nuestro espíritu, la forma purísima de nuestro conocimiento.

El verbo humano, engendrado por nuestra inteligencia, nos da una idea del Verbo divino engendrado por el Padre.

Hay por lo menos tres caracteres que asemejan nuestro verbo humano al Verbo divino.

Nuestro verbo, es decir, nuestro pensamiento, como el Verbo de Dios, expresa nuestro conocimiento; como nuestro verbo, el Verbo divino mora donde ha sido concebido, aunque distinto de su principio; como en nuestro verbo está toda nuestra alma, en el Verbo divino está todo el Padre.

Pero si hay estos caracteres que asemejan nuestro verbo, con el Verbo de Dios, hay otros que lo distinguen é infinitamente lo separan.

El verbo de Dios es esencial, como su principio;



nuestro verbo, engendrado por una potencia eficiente, no tiene más que una existencia precaria: el Verbo de Dios existe substancialmente; el nuestro no es más que el accidente de una substancia: el Verbo de Dios es engendrado siempre y siempre subsiste; nuestro verbo tiene una hora señalada en las operaciones del alma, sobre las cuales se apoya, con ellas nace y con ellas pasa: el Verbo de Dios es la expresión perfecta de un conocimiento perfecto; nuestro verbo es la expresión imperfecta de un conocimiento imperfecto; el Verbo de Dios es único; nuestro verbo se multiplica como las ideas: el Verbo de Dios obra por la fuerza de su generación; nuestro verbo permanece estéril en las profundidades del alma á menos que otras fuerzas no vengán en su ayuda.

Este verbo es uno y eficaz.

Todo lo que ve Dios necesariamente en sí mismo, tiene que expresarlo necesariamente con su Verbo.

San Agustín, con esa incomparable precisión con que se explica sobre esa materia tan ardua y tan difícil, dice: Dios no se hablaría perfecta é íntegramente, si hubiese en su Verbo algo menos que en su ciencia: *Deus non perfecte et integre*

*seipsum dixisset, si aliquid minus esset in Verbo, quam in scientia.*

El Verbo de Dios, no es como el verbo humano.

El verbo humano es una serie de ideas y de expresiones, por medio de las cuales nos damos cuenta nosotros mismos, y damos cuenta á los demás de todos nuestros conocimientos.

Los objetos de que se apodera nuestro espíritu son múltiples: por eso nuestro Verbo tiene que ser múltiple.

El objeto de la inteligencia divina es único, es un solo principio de conocimiento, una sola idea, un ser simple, causa de todos los seres.

Tiene, entonces, que ser la expresión de ese objeto único, una sola, es decir, una palabra sola que abarca el infinito y que lo dice todo entero, una palabra como, dice el Padre Monsabré, que no se pronuncia más que una sola vez y siempre.

Dios, en consecuencia, no puede tener, como antes lo indicamos, más que un solo hijo, no por impotencia, sino por plenitud.

Como su generación es perfecta, su hijo es perfecto, y como es propio de lo perfecto ser único, no hay lugar, según la feliz expresión del Padre Monsabré, para otro hijo al lado de éste.



Ese Verbo único, es también un Verbo eficaz.

El Padre, dice Santo Tomás, viéndose á sí mismo ve al Hijo y al Espíritu Santo y todas las cosas que contiene su ciencia, y de consiguiente, á todas las criaturas: *Pater intelligendo se, et filium et Spiritum Sanctum, et omnia alia quæ ejus scientia continentur, concipit Verbum, ut sic tota Trinitas Verbo dicatur; et etiam omnis creatura.*

En la esencia increada existe el arquetipo subsistente de todos los mundos reales y posibles, la idea viviente que preside á la arquitectura sublime del universo.

Por esto, San Juan, con enérgica frase, dice que "todo lo que ha sido hecho, era vida en el Verbo, y que todo lo que ha sido hecho, de él recibe su plenitud."

Orígenes se explica de este modo: "Las causas que se encadenan y producen sin fin los géneros las especies y los individuos, no tienen otra condición de existencia, que la eterna generación del Verbo."

El Verbo no sólo es la idea de todo lo existente y posible, es también el obrero de todo lo que concibe la mente divina.

Es la palabra que manda y dirige las operacio-

nes de la ciencia divina: todo ha sido hecho por él, *omnia per ipsum facta sunt*; todo se sostiene por su omnipotente virtud, *omnia Verbo virtutis suæ.*

Santo Tomás resume así estas ideas: Dios, conociéndose á sí mismo, conoce á toda criatura. El Verbo, pues, concebido en su mente, es para él representativo de todo lo que concibe en un solo acto; y como en un solo acto, se conoce á sí mismo y á todas las criaturas, su Verbo es, no solamente expresivo de Dios mismo, sino de todas las criaturas.

Y así como la ciencia de Dios, es cognocitiva y productora, así el Verbo de Dios, es tan solo expresivo de lo que hay en Dios; mas respecto de las criaturas, no solamente las representa sino que también las produce: *creaturarum vero est expressivum et operativum.*

Con razón, pues, al Verbo Divino se le llama el primer nacido de todas las criaturas, *primogenitus omnis creaturæ.*

Si no comienza en su persona la inmensa serie de las causas criadas, como lo enseñaban los Arrianos, es enteramente cierto que toda causa



criada se refiere á la eterna generaci3n del Verbo: el mundo es su obra, su propiedad.

El Verbo agota en su persona, la fuerza generadora de su Padre: del seno de Dios, no pueden salir dos hijos.

Entonces, el tercer t3rmino de las procesiones divinas, no es ni puede ser engendrado.

Aquí, San Agustín vuelve, con su frase precisa, á indicarnos el carácter del Esp3ritu Santo:

El Esp3ritu Santo, dice el grande obispo de Hipona, no es engendrado, es dado: *exiit non quomodo natus, sed quomodo datus.*

¿Pero, qui3n da al Esp3ritu Santo y á quien lo da? Por el Padre á su Hijo, responde el P Monsabré, y por el Hijo á su Padre.

Esta tercera persona procede del Padre y del Hijo.

Y tiene que ser así.

El Padre engendra al Verbo, y el Padre lo ama: este Hijo tiene dos relaciones con su Padre: una relaci3n de origen, completada con una relaci3n de amor.

Es imposible introducir en la vida de Dios una tercera persona, á menos que ella venga del Padre y del Hijo.

Dos segundas personas, es imposible, y una tercera persona, no será tercera si no procede de la segunda.

Es, pues, entonces, necesario, que el Esp3ritu Santo proceda del Padre y del Hijo.

Y así procede, en efecto.

“Todo amor, dice el Padre Monsabré, tiene dos t3rminos: el que ama y el que es amado: en el amor recíproco, los dos t3rminos son recíprocos.

Yo amo y soy amado; pero ¿entre mí y entre aquellos que me aman, no hay otra cosa más que el movimiento cruzado de dos corazones que se buscan y que quieren darse el uno al otro?

No, responde el sabio predicador de Nuestra Señora: yo pretendo que entre mí y entre aquellos que me aman hay algo: este algo no es mi amor, no es el amor de ellos, es *nuestro amor*, misteriosa resultante de nuestras dos afecciones, dulce liga que nos encadena, castísimo encuentro en donde nuestras almas se dan el beso de paz, abrazo mutuo en el que nuestros corazones se embriagan de felicidad y de gozo.

Si nosotros pudiéramos hacer subsistir este amor, subsistiría para testificar de una manera viva que nos hemos dado el uno al otro.



Lo que no podemos las criaturas, lo puede el Creador.

El Padre y el Hijo se aman, y su amor se expresa no por palabras, no por cánticos, no por gritos apasionados, porque, como dice el P. Monsabré, cuando el amor ha llegado al grado supremo, el amor no habla, no canta, no grita, se exhala en un soplo ardiente, en que el alma pasa toda entera.

El amor de Dios es un soplo, *spiritus*; pero es un soplo castísimo al que nada se mezcla de impuro, ni de manchado: es un soplo santo, *Spiritus Sanctus*.

El nuestro pasa: el de Dios subsiste, vive, es una persona.

¿Cómo se verifica esto?

No lo sé, responde San Agustín, no puedo decirlo, soy insuficiente para tan ardua tarea: *nescio, non valeo, non sufficio*.

Lo que sabemos, porque Cristo lo ha dicho, es que el Espíritu Santo subsiste, que es el amor sustancial y consustancial, que es el lazo que une al Padre y al Hijo, al mismo tiempo que están ligados por la generación.

Tales son las tres personas que constituyen la

familia divina: la esencia las unifica, el origen y las relaciones las hacen diversas: esas tres personas son una, *Et hi tres, unum sunt*.

#### PRERROGATIVAS DE LAS PROCESIONES DIVINAS.

Las tres personas que existen en Dios, son eternas igualmente.

El Padre engendra al Hijo, y sin embargo, no es posterior al Padre.

En las cosas que proceden de un principio, la producción es posterior al principio, ó por razón del agente ó por parte de la acción.

Los agentes son voluntarios ó naturales.

El agente voluntario es primero que su producción, porque estando en su libre albedrío elegir la forma que ha de dar á su efecto, lo está igualmente en ella elegir el tiempo en que debe producirlo.

Esta libertad del agente voluntario, hace que él sea primero que el efecto que produce.

En los agentes naturales, la producción es pos-